

(Del Libro-Homenaje a *Gabriela Mistral*, editado en Madrid por sus amigos con motivo del Premio Nóbel otorgado a la ilustre chilena).

Una montaña no cuaja dos veces,
ni un río.
Ni es la misma tormenta
la que oímos si el rayo nos triza las noches.
A Dios no se le encuentra en la tierra,
porque vamos a El.
Y las grandes criaturas que son Dios en
[nosotros

nunca nacen dos veces:
ni el río, ni la montaña...
ni siquiera el pájaro, si es pájaro de nuevo,
el mismo pájaro.

No he de hallarla otra vez en el mundo,
grandioso monte cálido;
selvario de poesía, volcanes.
No he de hallarte, Gabriela,
porque en el tiempo distante nos vimos
y corremos ahora
dejándonos atrás.

¡Cuán joven mi tronco a tu voz!
Dijíste *hermana*,
y las savias, campanas movieron en mí:
sobresalto de augurios
que ya cumplo viviendo.

¡Tánta colina pequeña yo;
infatigables arroyos que caían
de tus laderas pródigas!

Sin saberlo, inmersa
en tu cima, en tu marea, en tu paisaje.
Que tú hablabas y soñaba esta criatura
oyéndote la voz, sin la palabra.

Gabriela, oráculo de sinos:
tu tristeza es un manto de espesuras.

Embriaguez de tu canto,
avenidas de ti en planicies músicas.

Alaridos, negras aulagas
de tu llanto y tu sed de amor sin celo.

¡Oh mujer de los hijos derramándose
por la tierra en virtud!

Gran madre noble
que no canta a los suyos de la entraña
cuando quiere cantar a los nacidos.
¿Qué le ofrecen a Dios las que paren
sin saberlos cantar?

Tú los nombras
y en anillos de luz suben gozosos:
musicales y alados los niños
en torno al resplandor de tu garganta.

Tú enlazaste, Gabriela, con todos:
nacidos y por nacer, muertos sublimes
y aquellos que nunca sabremos si Dios
ha librado con luz, de su huesa.

¡Qué marea de Andes,
qué Pacíficos nadan tus venas;
cuánta llama recorre
las praderas de til!

A lianas gigantes tú hueles,
que te trepan y enroscan sangrándote altura;
a leones y a ciervos; sacudes
tus melenas ya grises, solemne, pausada,
levantando de Chile sus cimas
por mirar desde allí.

Castilla te escucha.
Una vieja y redonda moneda
cuyo borde es Vasconia la fértil.
La Castilla doliente, remota y quemada
[Castilla.

Canto a Gabriela Mistral

Por Carmen CONDE

(Envío de la autora,
en Madrid, España).



Gabriela Mistral
(1938)

Y su lengua retumba en la tuya,
vivifica las frondas del verbo.
¡Otra vez América,
Castilla es, por ti, en el mundo!

Mi propio lenguaje
quiere oírse en tu voz inmortal.
¡Háblanos mujer, varona
de Castilla de Chile!

Es tu tronco tu voz.
Es tu voz una torre.
Un campanario tañido por siglos
de criaturas silentes.
Hay retablos en ti; primitivos pintores
encendieron tus piedras labradas
por los monjes callados y en rezo.
Y te corren gacelas, caballos; te ciernes
de las aves que arañan las nubes.

Es tu voz una selva.
Es tu voz la que inunda
los sembrados de voz de los hombres.
Las palabras germinan, son ácidos panes.
Tus palabras nutrieron la tierra.
Desolada y agónica
hoy te busca tu halda,
se recuesta contigo.

Has abierto la puerta del mar,
aureolándote viva de olas.
Ya no queda, Gabriela, ni un verbo
que tu boca cansada, que tu mano de Sarah
no haga curvo de amor,
no lo dome.

Tengo abierta en mis ojos tu risa,
la que a niña devuelve tu tiempo compacto.
Tu llamada ungidora
es la cierta llamada a que acudo.
Unas manos calientes, intactas y pobres,
sin más don que ser mías, te extendo.

Por encima del mar y la tierra,
por arriba del luto y su humo,
apartando la cáscara amarga del llanto,
yo te entrego mis manos,
¡tus manos, Gabriela!

En el río Lempa

Es una estampa de Blanca Lydia TREJO.

(Envío de la autora. En México, D. F.,
Noviembre de 1948).

I

El paisaje es único y tiene un siglo de
edad.

La aurora asoma. El Lempa se tiñe de luz.
Y el paisaje es único.

De ribazo en ribazo, una gacela baja a
calmar su sed. Un cazador la mira y carga su
escopeta, pero un cocodrilo, en un abrir y ce-

rrar de ojos, antes que aquél, la hace su presa
y la arrastra al lecho del río.

El hombre al verse defraudado, exclama:
—¡Pobre animalito, tan lindo y morir en-
tre las fauces de un cocodrilo tan repugnante
y feroz!

II

Las horas, pétalos del tiempo, se han des-
hojado sobre el río.

El saurio, echado sobre la arena, recibía
un baño de sol. De su espantosa boca, un pa-
jarillo desalojaba toda clase de bichos que le
causaban la mar de molestias. La fiera, dejá-
bale hacer tranquilamente, en tanto que con-
templaba con sus ojillos entrecerrados, la lon-
tananza azul.

Cuando el pajarillo emprendió su vuelo
hacia el zacatal, el cazador, instintivamente,
disparó. Desplomóse la avecilla a los ojos mis-
mos del saurio, que indignado, se sumergió de
nuevo entre las ondas...

En la ribera, estremeciósse el melonar... La
tarde, también se echó a morir...

El crepúsculo envolvióla con su manto es-
carlata y la sepultó en la noche...